

gar. Si dentro está el cielo del amor, dentro debe de estar el modo de conquistarlo.

Y me acuerdo de mi Patrona, la Alejandrina. ¡Mujer feliz! Ella no necesitó ni vestirse de burel, ni inclinar su frente principesca, para ser amada, para tener en su mismo corazón al Amante. Con sus ropajes fastuosos, con sus joyas, con su aristocrático desdén de todo lo bajo, de la fealdad, de la miseria, logró conocer ese amor—ahora lo comprendo—el único que merece desearse, soñarse, anhelarse; y se desposó con ese Dueño—¡único que sin vileza se admite y se ansía, cuando se desprecia todo lo que no surge en las fuentes secretas de nuestro ser!

La noche nos envolvía ya; las voces resquebrajadas de los empleados cantaban nombres. El vacío de las estepas solitarias rodeaban al tren. El viaje terminaría pronto.

Me bajé en la estación de una ciudad vieja, y resolví dormir lo que faltaba de la noche en la fonda de la estación misma. Al despertar, arbitraria el modo de transportarme adonde tenía resuelto vivir.

Una conversación con el dueño de la fonda me fué utilísima. Averigué que, en el desierto que me había atraído como objeto de mi viaje, existe un convento de Carmelitas, y, á corta distancia del convento, casuchas desparramadas, de las cuales alguna me alquilarían tal vez.

—¿Costará muy cara?—pregunto, inquieta, pues ya no soy rica.

—Sí, sí, aún se dejarán pedir... Menos de veinte duros por año, no la cederán.

Un birlocho me lleva, al través de los campos grisientos y silenciosos, salpicados de alcornoques, hacia el desierto, un valle escondido por montañuelas que espejean al sol. Salvados los pequeños mamelones, aparece el valle, y su vista me estremece de alegría, porque es un oasis maravilloso.

Todo él se vuelve flor y plantas fragantes. Romero, cantueso, mejorana, tomillo, mastuerzo, borraja, lo esmaltan como vivo, movable tapete recamado de colorines. Y la florida alfombra se mueve, ondula, agitada por el zumbido y el revuelo y el beso chupón, ardoroso, de miles de abejas, cuyas colmenas diviso en los linderos. A la derecha, el campanario del convento se recorta sobre el azul. Las casas—dos ó tres—tienen un huerto más riente, si cabe, que el campo mismo. En la revuelta de un sendero, á la puerta de una de estas casucas, está sentada una mujer. Sus ojos, abiertos é inmóviles, no parpadean y los cubre blanca telilla: es una ciega. A su lado, hace calceta una chiquilla de unos doce ó trece años, negruzca, de facciones bastas, con dos moras maduras por pupilas.

Me acerco, trabo conversación.

—¿Me alquilarían la casa? ¿Una habitación, por lo menos?

La desconfianza de los menesterosos me sale al paso. ¿Qué pretendo? Yo soy una señorita. ¿Cómo voy á pasarlo allí? Es imposible que me encuentre bien...

—Me encontraré perfectamente. Pagaré ade-

lantado. Haré yo la cocina, mi cama, la limpieza.

La anciana titubea; la extrañeza, la curiosidad, plegan sus labios, de arrugadas comisuras, hundidos por el desdentamiento. La chiquilla no sabe qué decir, y con un pie pega golpecitos en la canilla de la otra pierna. Su pelo, apretujado, me inspira recelo indefinible. Ninguna simpatía me infunden estos dos seres. Y, sin embargo, insisto, para quedarme en su compañía. Saco un par de monedas.

—Agüela, dos duros m'ha dao esta ñora.

La avidez de los ciegos se pinta en la cara huesuda, inexpresiva.

—Daca...

Los guarda en la remendada faltriquera, y rezonga:

—Yo, con toa sastifación... Sólo que, como no hay ná de lo que se precisa...

—No importa. Esta noche dormiré envuelta en mi manta. Mañana traerán...

Queda convenido. Hago mis encargos al cochero. Y, como en casa propia, entro en la vivienda. Es de una pobreza sórdida. Tal vez la avaricia hace aquí competencia á la miseria. La ciega tendrá por ahí escondida una hucha de barro... Quizás por eso recelaba de mí... ¿Seré una ladrona disfrazada?

Gradualmente, se disipa su temor. Cierta respeto hacia mí nace en su espíritu, cuando nota que trabajo, que ayudo á la Torcuata—así se llama la niña—en sus menesteres domésticos, y que hasta sirvo á las dos, cuidándolas, pro-

curando que la ciega no derrame la sopa y que la chica no se atraque de miel, lo cual la hace daño. Porque las dos mujeres viven de la miel y la cera; son colmeneras, como los demás moradores del valle, y sacan también algún fruto de vender cosecha de plantas aromáticas á drogueros y herbolarios. Empiezan á creer que yo soy una especie de santa, no sólo por el cuidado incesante que tengo de complacerlas y de atenderlas, sin exigirles nada, ni aun el menor servicio, sino por que voy á la iglesia del convento diariamente, y muchas tardes me ve Torcuata sentarme, pensativa, á la puerta, haciendo calceta como ellas, con aire resignado. A sus preguntas respondo sin impaciencia.

—La señora, ¿tié familia? ¿Es usted extranjera, ó de acá? etc.

A mi vez, pregunto; oigo la historia de los padres de Torcuata, que se murieron, él «gomitando» sangre, ella de un mal parto; y, ufanas de saber más que yo, me explican las costumbres de las abejas, costumbres casi increíbles, portento natural que nadie admira. Los acontecimientos de nuestra existencia, en el valle, son el enjambre que emigra y que es preciso recoger, llamándolo con cencerreo suave y teniéndole preparada la nueva colmena, frotada de miel y de plantas odoríferas; la operación de castrar los panales, los mil delicados cuidados que exige la recolección, el transvase de la miel á los barreños, y luego á los tarros, el derretido de la cera, su envase

en los cuencos de madera, las complicadas manipulaciones de la pequeña industria agrícola. Pronto auxilio yo eficazmente á Torcuata, con grande alegría y maravilla de la ciega, que no cree en tanto bien. Desde que faltaban los hijos, la cosecha disminuía cada año. «¿Qué puede hacer una criatura? Comerse las mieles ná más»...

Así se estableció entre mis huéspedes y yo la cordialidad más completa. Invertidas las relaciones, fui su criada. Sin escrúpulo, desinfecté la cabeza pecadora de Torcuata, lavé su pelo, embutido de aceite, cerumen y tierra, até un lazo azul á sus mechones, ya esponjados, y siempre recios como cola de yegua rústica. Cosí camisas para la ciega. Me dejé explotar. Hice regalos.

—¡Santa! ¡Es santa!—repetía la vejezuela, atónita.—¡Nos la ha traído la virge el Calmen!

¡Santa! No... En lo recóndito, en el escondrijo de la verdad, ningún afecto sentía por las dos mujeres. Ejemplares ínfimos de la humanidad, barro ordinario que amasó aprisa el alfarero, me eran tan indiferentes como uno de los alcornoques que sombreaban el repuesto valle. Ni ellas serían capaces de ningún acto de abnegación, ni yo sentía el menor goce emotivo al realizarlos por ellas. Mi instinto estético me las hacía hasta repulsivas. Fea era la cara de níspero de la codiciosa vieja, y acaso más fea la adolescencia alcornoqueña de la moza. ¡No importa! Había que proceder como si las amase. ¿No es eso lo que pides, dulce Dueño?

¡Ah! Por las tardes, respirando el olor embeodante de las floescencias, cuyo polen llevaban las abejas de una parte á otra, auxiliando la fecundación, me dirijo á tí, Dueño que no vienes... ¿Por qué han pasado los tiempos en que, á precio de la tortura, de la piel arrancada, de la cabeza destroncada, acudías, exacto á la cita, transportado de ardor? ¿Por qué no me es concedido comprarte á ese precio? Lo que estoy haciendo, me cuesta más, mayor esfuerzo, un vencimiento largo, tedioso, sin fin. Como Teresa, la que tanto te quiso, yo estoy sedienta de martirio, y me iría á tierra de moros, si allí se martirizase. ¡Época miserable la nuestra, en que el bello granate de la sangre eficaz no se cuaja ya, no brilla! De las dos sangres excelentes, la del martirio y la de la guerra, la primera ya es algo como las piedras fabulosas y mágicas, que se han perdido; y la otra, también la quieren convertir en rubí raro, histórico, guardado tras la vitrina de un museo! ¡Edad menguada! ¡No poder ser mártir! En una hora, ganarte, unirte á tí... Si tú quisieses, dulce Dueño, yo te ofrecería licor para refrescar el de tus cruentas llagas... Yo te daría con qué renovar el Grial. Soy muy desventurada, porque no me es concedido dejar correr las fuentes de mis venas. ¡No poder sufrir, no poder morir!

IV

Y, poco á poco, mientras ejecuto las cosas prosáicas, comunes, antipáticas á mis sentidos, allá en lo oculto, en lo reservado de mí misma, noto los indicios de una transformación. Bogo hacia mi ideal, trabajosamente, desviando troncos, chocando en piedras. El espíritu de docilidad y el de renunciación, van depositándose en mí, como en la celdilla ya preparada se deposita la miel. Según la miel se purifica, siento que se purifica mi ánimo. Voy cortando los circuitos de mis impurezas, (análogos á los que forman las neuronas, las cuales reproducen el acto vicioso ya con independencia de nuestra voluntad). Lo material de mi espiciación, lo cumplo sin pensar en ello, sin atribuirle valor ninguno. Atiendo más bien á lo íntimo. Vivo interiormente.

El convento no influye en ésto. Voy á la iglesia, pero evito á los Carmelitas. Lo hago por prudencia, por quitar palabreos entre los paletos maliciosos. Los Carmelitas, supongo que por igual razón, ni parecen sospechar que existo. Son pocos y se encierran en su conventillo, cuyas celdas y claustros están forrados de corcho. Silencio, quietud y soledad. No se la he de robar, ni ellos á mí. Tan gran bien es justo que se respete. ¿Y quién sabe si estos frailes se parecen ó no á los directores ininteligentes, fustigados por San Juan de la Cruz?

Comprendo que no basta la paciencia. Nece-

sito el amor. Es preciso que lo amargo me sea dulce. Que me sepan á miel estas molestias que me tomo por dos mujeres bajas, burdas. ¿Tendré que amarlas, para amarte á tí, para que tú me ames? ¿Será este el secreto, la palabra del enigma? ¿Y cómo se hace para eso? ¡Estoy tan al principio de mi deificación! Me faltan etapas, me faltan grados. Hay momentos en que desconfío, dudo, y la segura me invade.

Lo primero que necesito es abandonarme, cerrar los ojos... Tal vez me atormento en balde. Tal vez no necesito hacer más de lo que hago, ni sufrir más de lo que sufro: basta que cambie mi corazón. Sólo entonces seré, como dijo el gran poeta, «amada en el amado transformada». No lo soy. No le hallo cuando le busco dentro. No le hallo... ¡Qué tristeza, no hallarle! Acaso estoy unida á Él en conformidad, pero no en unión transformativa. No somos uno. No hay noche nupcial. No hay en mis dedos, que empieza á deformar el trabajo, ni señal de anillo de luz... Y sin embargo, yo debiera obtener algo, porque mi espíritu no es como el de la muchedumbre: yo soy singular. Mi resolución, mi vida, no se parecen á las de las mujeres que no padecen ansias de belleza suprema!

Acaso esto que pienso sea tentación contra la humildad... ¡Pero si es cierto! ¿La verdad te ofende? ¿He de tenerme por cualquiera? ¿Ignoro lo que soy? ¿Me confundiré con la gente que no pasa del sentido, que no entiende ni pregunta la hermosura inefable?

De seguro que la Alejandrina elegante, mi patrona, no se creía igual á Gnetes. Comprendía de sobra la excelsitud de su propio ánimo. Y la diste el anillo. ¿Qué debo hacer? Todo me será fácil, menos creer lo que no creo. ¿Qué me pides? Toma mi juventud; ya te he ofendido mi vanidad de mujer; aféame más, si me embellezco para ti... Toma mi existencia, corta ó larga, día por día... ¿No es eso lo que deseas?

Quiero recorrer todas las etapas, andar el camino hasta el fin, gemir, llorar, clamar, velar de noche, ayunar de día. Quiero el fuego, el desfallecimiento, el deseo de morir, el vuelo espiritual, el transporte; quiero tu dardo, tu cuchillo... Y se me figura que jamás los obtendré. Me siento sola, abandonada en este florido desierto, entre aromas de miel intensa, que marean, que llenan de nostalgia y de dolor íntimo. Y, sin embargo, han existido otras mujeres que se unieron á ti, que te tuvieron consigo, á quienes dijiste: «Tú eres yo y yo soy tú...» Otras que en ti habitaron, á quienes tendiste la mano, en ceremonia de desposorios; que en ti bebieron la vida; que en ti fueron deiformes. ¡Y, por muchos que hayan sido mis yerros, no creo que más hondamente pudiesen sentirte y llamarte de lo que te llamo!

Esto cavilaba, en una hora de desolación, cuando, próximo ya á ponerse el sol, las abejas se habían recogido á sus colmenas, y, apaciguado el inquieto devaneo de su libar y revolotar, el campo yacía en una calma misteriosa, triste. En el convento tocaron á oración. Al ex-

tinguirse las campanadas, me volví con sobresalto. Acababan de ponerme la mano en el hombro.

—¿Ah? ¿Eres tú, Torcuata?

—Sí, ñora... ¿No sabe? Un fraile sa muerto.

—¿Cuándo?—pregunté maquinalmente.

—Ta mañana. He fo á verlo muerto en la iglesia, ¿no sabe? Estaba negro, negro tóo.

—¿Negro? ¿Por qué?

—Porque era guirueta, diz que dice, la enfermedadá. Guirueta mala. ¡Muy mala!

Nos recogemos á casa. Torcuata está estremecida. Ha visto de cerca, sin comprenderlo, el misterio de la muerte; y su pubertad se ha estremecido, con vago escalofrío de horror. Ni ella misma lo sabe. Las dos moras negrazas de sus pupilas conservan, no obstante, la empañadura inexplicable de la visión fúnebre.

Al medio día siguiente, la chica sufre un desvanecimiento.

—Cosas de la edá. Aluego va á ser mocita—murmura la ciega, estrujando con sus dedos nudosos panales sobre un perol, á fin de que suelten la melaza y reducirlos á pasta derretible.

Una punzada, un presentimiento... ¿Y si fuese así? ¡Bah! ¡Qué me importa!

Dos días después, Torcuata salta de calentura. La acostamos. Me instalo á su cabecera. Despacho un propio á la ciudad para traer médico, medicinas. No dudo: es la viruela, y en este organismo joven, jamás vacunado, viene con una fuerza y una malicia... De mano armada, dispuesta á vendimiarse.

Se queja la niña de fuerte dolor en los lomos. Ha sufrido una breve convulsión.

A ratos, delira. La doy de beber limonadas, agua mineral, refrescos. El médico no decide aún. Mientras no brote la erupción... Así que brote, él y yo sabremos lo mismo.

En los momentos lúcidos, la muchacha me habla, hasta me sonríe, con esfuerzo, murmurando:

—Nora...

Alargando una mano ardorosa, endurecida, coge la mía, la estrecha.

—Ñora... No se vaya... La agüela no ve... No pué estar al cuido mío.

La ciega, acurrucada en un rincón, gime, barbota rezos, y repite á intervalos:

—¡Lo que Dios nos invía! ¡Ahora la Torcuata tan malita! ¡Lo que invía Dios!

—No me voy, chiquilla. Aquí estoy, contigo...

—¡Sí está ahí, ñora, pa mí está la Virgen el Calmen!

No sé cómo dijo esto la inocente. Sé que sentí algo, un calor, un golpe, en las mismas entrañas. ¿Sería el cuchillo de la piedad que, ¡por fin!, se hincaba en ellas...?

Ha vuelto el médico. Cesó la incertidumbre. Los puntos rojizos se han señalado. El cuerpo de la enferma tiene el olor característico á pan recién salido del horno. Se presenta la sangre por las narices.

—Viruela, y de la peor... Confluente... Señora, tengo el deber de advertir á usted que el

mal es extraordinariamente contagioso, sobre todo en el período que se aproxima...

—Gracias, doctor. No me moveré de aquí. Venga usted diariamente... Abono los gastos de coche y demás. No soy opulenta, soy casi una pobre; pero deseo que nada le falte á Torcuata.

La ciega, alzando las manos, insistía:

—Santa es, santa es.

La hórrida erupción brotó con furia. La cara fué presto la de un monstruo. Las moras de las pupilas, de un negro violeta tan intenso, tan fresco, desaparecieron tras del párpado abullonado. La niña no veía.

—Otra ciegucecita como la agüela...—suspiró.—Ñora Lina ¿está ahí? Ñora ¿me moriré como el fraile?

Nuevamente percibí la herida en lo secreto del ánima; y más viva, más cortante, más divinamente dolorosa. La piedad al fin; la piedad humana, el reconocimiento de que alguien existe para mí, de que el dolor ajeno es el dolor mío. Un impulso irresistible, ardiente, sin freno de ternura infinita, de amor, de amor sin límites... Sobre la faz de la niña, de la paleta alcorqueña, gotea la miel de mi caridad, envuelta, desleída en llanto. Y mis labios, besando aquel espantoso rostro, tartamudean:

—No, hija mía, no te mueres. ¡No te mueres, porque te quiero yo mucho!

Por la ventana abierta, entran el aire y la fragancia de la tierra floreciente, amorosa. Cierro los ojos. Dentro de mí, todo se ilumina. Alrededor, un murmurio musical se alza de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

suelo abrasado con el calor diurno; mi cabeza resuena, mi corazón vibra; el deliquio se apodera de mí. No sé dónde me hallo; un mar de olas doradas me envuelve; un fuego que no destruye me penetra; mi corazón se disuelve, se liquida; me quedo, un largo incalculable instante, privada de sentido, en transporte tan suave, que creo derretirme como cera blanda... ¡El Dueño, al fin, que llega, que me rodea, que se desposa conmigo en esta hora suprema, divina, del anochecer!...

Entrecortadas, mis palabras son una serie de suspiros. Mi boca, entreabierta, aspira la ventura del éxtasis. Imploro, ruego, entre el enajenamiento del bien inesperado, fulminante.

—No me dejes, no me dejes nunca... Siempre tuya, siempre mío... Quítame lo que quieras, haz de mí lo que te plazca, venga cuanto dispongas, redúceme á la nada, que yo sea oprobio, que yo sea burla, que me envilezca, que me infame... Venga ignominia, fealdad horrible, dolor, enfermedad, ceguera; venga lo que sea, hiéreme, hazme pedazos... Pero no te apartes, quédate, acompáñame, porque ya no podría vivir sin ti, sin ti, sin ti...

Y, palpitando en mis labios, la queja deliciosa repite, sin pronunciarlo, sin rasgar el aire:

—Dulce Dueño...

VI

En este asilo, donde me recluyeron, escribo estos apuntes, que nadie verá, y sólo yo repaso, por gusto de convencerme de que estoy cuerda, sana de alma y de cuerpo, y que, por la voluntad de quien puede, soy lo que nunca había sido: feliz.

Mi felicidad tiene, para los que miran lo exterior (lo que *no es*), el aspecto de completa desventura.

En lo mejor de mis años, me encuentro encerrada, llevando la monótona vida del Establecimiento; sometida á la voluntad ajena, sin recursos, sin distracciones, sin ver más que médicos, enfermeros y dolientes... En comparación con mi suerte actual, el convento en que antaño pretendieron que ingresase, sería un paraíso.

Y yo soy feliz. Estoy donde Él quiere que esté. Aquí, me visita, me acompaña, y la paz del espíritu, en la conformidad con su mandato, es mi premio. Aún hay regalos doblemente sabrosos, horas en que se estrecha nuestra unión, momentos en que, allá en lo arcano, se me muestra y comunica. ¿Qué más puedo pedir? Todo lo acepto... todo lo amo, en El y por Él. Amo estas paredes lisas, que ningún objeto de arte adorna; este mobiliario sin carácter, como de hospital ó sanatorio; estos árboles sin frondosidad, este jardín sin rosas, este dormitorio exiguo, esta gente que no sospecha lo que me

sirve de consuelo, y se admira de la expresión animada y risueña de mi cara, y me llama—lo he averiguado—«la contenta...» Y, mientras mis dedos se entretienen en una labor de gancho, mi alma está tan lejos, tan lejos... Por mejor decir, mi alma está tan honda...! Recatadamente, converso con él, le escucho, y su acento es como un gorjeo de pájaro, en un bosque sombrío y dorado por el sol poniente... Otras veces, le aguardo con impaciencia de novia, deseosa de oír crujir la arena bajo un paso resuelto, juvenil... y le pido que no tarde, que no me haga languidecer. Y languidezco, y á veces, un desvanecimiento, un arrobo, me sorprenden en medio de la ansiosa espera.

Farnesio ha venido á visitarme, en un estado de alteración y angustia, que da lástima.

—¿Lo ves?—repite.—¿Lo ves? Si tenía que suceder... ¡Si ya lo decía yo! ¡Si te lo había anunciado! Es horroroso... ¡Y no poder, no lograr evitar estas cosas!

—Pero ¿qué es lo que usted quería evitar?

—¡Y me lo preguntas! Voy temiendo que sea cierto que se haya trastornado tu razón. ¿Qué es lo que quería evitar? Que te trajesen á la casa de locos. ¡Qué infamia! ¡Á la casa de locos!

—Me encuentro perfectamente en ella.

—¡Válgame Dios, niña! No puede ser; y aun cuando así fuese, ¿voy yo á consentirlo? ¿Voy á permitir que el malvado de tu tío te encierre aquí, por toda la vida acaso?

—Según eso, ¿fué mi tío? ¡Bah! Le perdono.

—¿Perdonar? Como no salgas pronto de aquí, ha de saber quién es Genaro Farnesio. ¡Gitano inmundo! Estaba yo con él en negociaciones para transigir, y rescatar, por lo menos, la mitad de tu fortuna—porque no te figuras que él tenía el pleito fácil, ni que nos arrollaría tan sencillamente—, cuando se le ha ocurrido otra combinación más sustanciosa: declararte demente y administrar legalmente tus bienes, mientras llega el instante de heredarlos ó él ó su prole. ¡Nos veremos las caras! ¿Loca tú? Esto clama al cielo. Tengo yo mis amigos en la prensa; tengo mis valedores; conozco políticos. Vamos á armar un escandalazo.

—Don Genaro querido, no haga usted tal. Mire usted que no hay cosa más verosímil que esto de mi locura. Si usted no me quisiese tanto, haría coro, diciendo que estoy...

Me toqué la frente con el dedo.

—¡Disparates! Cosas que tú lanzas en broma... Mira, mira como no se puede soltar prenda... ¡Es increíble! ¡Qué red, qué maraña, qué serie de emboscadas, qué negra conjuración contra tí, pobrecilla, que á nadie hiciste daño!

—Se equivoca usted. Daño, lo hice. Bien me pesa. ¿Qué menor castigo he de sufrir por lo que dañé?

—Vaya un daño el que tú harías... Y todos contra tí, confabulados... ¿Querrás creer? Hasta el mentecato de Polilla declara que has cometido ciertos actos de extravagancia impropios de una señorita formal... Carranza es el peor. Ese

te declara loca peligrosa, maligna. Te cree capaz hasta de crímenes. Dice que haces el mal por el mal. Se ve que te odia. ¡Qué desengaños se sufren en el mundo! ¡Carranza! Yo creo que ha mediado...

Hizo, frotando el pulgar y el índice, ese ademán expresivo que indica *dinero*.

—No lo suponga usted. Carranza no es capaz de eso. Me tiene una prevención... sobrado justa.

—¡Bueno! Tu tío le habrá sobornado. ¡Sí, que se para en barras él! Hay detalles atroces. Tú no sabes de la misa la media. Hay una declaración de una mujer de mala vida y de un boticario...

—Ya sé. La que me pisoteó, á ruegos míos. ¿Cómo han logrado averiguar?...

—Por lo visto, te espiaban. Te seguían los pasos. Esa noche fatal, tú entraste en la botica á que te pusiesen tafetanes, ó no sé qué. Dijiste que te habías caído. Luego te subiste á un coche, diste las señas de tu casa. El boticario las oyó. Todo se ha descubierto. ¡Qué ideal! ¡Qué chiquillada!...

Bajando la voz:

—También ha declarado el barquero que os pascaba á tí y á Almonte por el lago... Dice..

—Cuanto diga, es cierto.

—¡Bigardo! ¿Y la bribona de Eladia... lo creerás? Esa sí que me consta que tomó cuartos... La he despedido, y si no me contengo, la harto de mojicones. Es que me han sacado de mis casillas. La muy bruja, que si tiraste y rompiste un magnífico reloj á propósito, que si

la tratabas mal, que si esto, que si lo otro... Que toda la noche duraba en tu cuarto la luz encendida, que el baño era todo de esencias...

—Semejantes niñerías, Farnesio, no merecen que usted se enoje, ni que maltrate á nadie. Créame. Déjelos tranquilos. Allá mi tío... Peor para él.

—¡Y los médicos! ¡Deliciosos! En cuanto se pronunció la palabra «locura» les faltó tiempo para asegurar que ya lo habían ellos notado, y se lo callaban por prudencia. Así, así, como lo oyes. La neurastenia aquí, la vesania allá. Sabe Dios de qué medios se ha valido el gitano...

—De ninguno. Los médicos están de buena fe. De la mejor fe. Son personas dignas, respetables. Yo comprendo su error, que, dentro de su concepto científico, no es error probablemente.

—Ahora, ¿sabes con lo que salen? Conque tus monomanías adquirieron últimamente forma religiosa, mística. Que te fuiste vestida como el pueblo, en tercera, á practicar penitencia en un convento de Carmelitas, en el desierto. Que viviste de hacer miel, y que adoptaste á una chiquilla paleta, muy fea, y otras mil rarezas, no atribuibles sino al extravío de tu mente. Ya comprenderás que se refieren á la Torcuata... En fin, que han conseguido tejerte una malla espesa... Pero la desbarataré. No temas; la desbarato.

—Por su vida, estése quieto, D. Genaro, no desbarate cosa ninguna. Hay que dejar nuestra

suerte en manos del que la conoce. Él, y sólo Él...

—¡Ea, que no!—gritó impetuosamente, abrazándome—. No es Dios quien te ha metido aquí: son las bribonadas de los hombres. Y no lo aguanto. Tú fía en mí, y muéstrate tranquila, y hazlo todo á derechas... Se me parte el alma de verte aquí. ¡No sabes lo que Farnesio te quiere!

—Lo sé...—exclamo, con acento significativo—. Lo que no hace falta, es compadecerme. Soy aquí dichosa.

Ahogado de emoción, el viejo callaba, acariciándome.

—¿Y Torcuata?—pregunto.

—Llévesela el diablo... Por tus bondades con ella... Está hecha un trinquete. Eso sí, con mil hoyos en la cara. Quiere verte. La traeré.

—No las desampare usted, ni á ella, ni á la ciega. Mire usted que se lo encargo mucho.

—Ya lo creo que las he de amparar, aunque sólo fuese porque son las únicas que hablan de tí con entusiasmo.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como que afirman que eres santa, santa, de ponerte en los altares...

—Pues lo que ellas dicen y lo que dicen los otros... tal vez es igual. La declaración de mi santidad, para el caso, no crea usted que no sería lo propio que la de mi locura... Si quiere usted sacarme de aquí, Farnesio, no me santifique.

—Veo que no has perdido el buen humor... Cuando se retiró, decidido á rescatar á la

princesa del poder de malignos encantadores, suspiré. ¡Ojalá no lo consiga! Mejor me encontraba en el puerto, sin luchas, sin huracanes. ¿Logrará el que me trajo al mundo material, llevarme otra vez al mundo del peligro y de las tentaciones?

¡Estabatan bien á solas contigo, Dulce Dueño! Hágase en mí tu voluntad...

